

MEDICAMENTA

SUPLEMENTO
INFORMATIVO

Redacción y Administración:
Ríos Rosas, 37. - Madrid.

REVISTA DE ESTUDIOS Y TRABAJOS PROFESIONALES DE CIENCIAS MEDICAS

ARTICULOS ORIGINALES

POESÍA ERES TÚ

EDGARD NEVILLE

LA poesía está en todas partes; para gentes primarias, la poesía está solamente en los versos; no se dan cuenta de que la mayor parte de los versos no tienen poesía y que muchos poetas tienen más retórica que otra cosa. Sin embargo, todo en el mundo está lleno de poesía, hasta las cosas más humildes y aparentemente anti-poéticas.

Pero lo bonito es que la poesía haya llegado a la Medicina, que parecía tan poco propensa a este perfume. Los médicos de Molière y de nuestro teatro clásico se pasean con grandes jeringas destinadas a los peores usos; las enfermedades suelen presentar un aspecto más bien desagradable; todas las derivadas de la nutrición y del intestino son específicamente contrarias a este nuevo matiz de lo poético, y, tal vez, lo único que tenía un cierto contacto eran las enfermedades del pecho; pero éste era un contacto literario y elucubrado. Margarita Gautier es un personaje medio clínico, medio lírico, y los románticos querían todos morir del pecho porque era romántico, porque sentían esa poesía latente en su época y de la cual los poetas sólo expresaban lo epidérmico. Los grandes poetas ingleses también querían morir del pecho; en Inglaterra, o se muere del pecho o se muere de la cocina. Pero, repetimos, este parentesco de la poesía con la Medicina era más literario que real.

En nuestra época, cuando se han mirado más de cerca las cosas y con un ojo más sutil; cuando se ha destilado la última gota poética, escondida en el disfraz a veces más grotesco, es cuando la Medicina ha encontrado la fórmula clí-

nico-lírica admirable que se llama la alergia.

La alergia es la materialización de lo inmaterial, es darle perfil y concreción a unos fantasmas que rodean a los seres vivos, y que, si son invisibles, no por ello son menos patentes y reales. Antiguamente, cuando a una señorita le salía una mancha roja en la piel, la madre decía que era por haber comido embutido, el médico le llamaba eczema y las amigas sarna. Hoy no se llama ninguna de esas cosas; hoy resulta que esa señorita tiene alergia de algo, y en esa busca y rebusca de la causa de ese mal, en esa investigación por descubrir el fantasma que a esa señorita le produce esa mancha rojiza en la piel, el médico se desborda en un lirismo maravilloso y la enferma colabora con él lanzándose a un mundo daliniano, abstracto y espectral.

Lo mismo les pasa a los que estornudan. ¿Hay nada más bonito que estornudar porque se tiene fiebre de heno? ¡Qué acierto en la denominación! ¡Qué sensación veraniega de campo, de amapolas, nos da ese nombre! ¿Cómo se puede comparar a la hosquedad con que los antiguos doctores le decían al paciente: "¡Ya se ha constipado!", o "¡Menudo catarro ha cogido!", o "¡Suéñese, hombre, suéñese, que eso es bueno!"?

Hoy, el paciente se sueña cuando estornuda; pero su imaginación está llena de gallegas de Federico

Rivas, que le sonrían tendiéndole un jabón de "Heno de Pravia".

Hay alergia de polvo, hay alergia del mar, hay alergia de un perfume especial; pero hay también alergias de cosas, por ejemplo: la alergia del nylon, que muchos sospechan que es una fórmula inventada por los fabricantes de seda natural, y hay alergias de todo lo que se va inventando.

Estamos en el período del descubrimiento de las alergias nocivas, y pronto se dará paso para que la ciencia empiece a descubrir las alergias bienhechoras, las alergias curativas, y cuando alguien se queje de un reuma pertinaz, le digan:

—Debió usted de restregarse contra los árboles de los paseos, porque las acacias curan el reuma por alergia.

Ese día, ya próximo, el hombre estará cerca de descubrir el secreto para vivir libre de males mientras le dura la vida, que es a lo más que puede aspirar. Es posible que la Farmacia se resienta, y entonces, para remediar la crisis, empiecen a envasar las alergias y se pueda comprar la alergia que cura esto y lo otro.

—Deme usted un frasco de alergia para la tos.

—Deme usted otro para combatir la alergia que me produce mi esposa; he pedido la anulación por alergia, y voy a ver si de esta manera puedo retirar mi demanda.

¡Qué bonito este nuevo camino de la Medicina! ¡A qué zonas delirantes nos lleva! Y todo eso debido a esta nueva generación de médicos intelectuales, de médicos escritores y poetas, tan diferentes de aquel doctor de nuestra infancia que se paseaba con los calomelanos en una mano y los caramelos de La Pajarita en la otra; a aquel médico tipo de las familias, que se

(Continúa en la página siguiente.)

destara

Moderno antigripal

llamaba don José y que usaba un bastón con cayada de plata que le había regalado un paciente al que no pasaba la cuenta, y que tenía veintisiete escribanías que no sabía el pobre dónde meter, y que decía frases y sentencias admirables:

—Lo primero, la purga; luego, ya veremos.

Aquellos doctores caminaban por el prado nada tranquilo de lo inescrutable; no lo decían, pero pensaban cosas así: "Lo natural en un enfermo es que se muera, es el fin previsto; pero vamos a ver si hay suertecilla..."

Aún no se habían inventado las vitaminas; cada uno tenía las que le había dado Dios al nacer, y si le faltaban, se fastidiaba estoicamente. De calorías tampoco se sabía gran cosa: la alimentación no se calibraba por unidad calórica, sino por unidad filete, y, sin confesarlo, algunos de aquellos viejos doctores, que murieron con la chistera puesta, miraban con malos ojos los recientes descubrimientos de Pasteur.

—Eso de pretender que estamos llenos de bichos—mascullaban...

—Pero, don José—decía algún médico algo más joven y con una chistera más reciente—, no se puede negar que hay muchas gentes que están llenas de bichos.

—Sí, José—contestaba don José—, los gitanos; pero son bichos que se ven. Esto de pretender que hay bichos invisibles, me parece un poco atrevido.

Con los tuberculosos se empleaban dos fórmulas: a unos los mandaban al mar para que les diese el sol y a otros los mandaban a la montaña para que respirasen aire puro; hoy se les manda a la estreptomycinina, que está más cerca y que les cura radicalmente.

Ya quedan pocas enfermedades incurables; pronto esperamos que se termine con el cáncer, y, entonces, la Medicina desembocará claramente en el campo de la poesía. No es que los médicos vayan a aparecer cantando con un cazamari-posas o coronados de flores; no es que vayan a curar a los enfermos con los trinos de un laúd ni recitándoles sonetos: se trata de algo más profundo; se trata de que todo será una lucha de alergias favorables y alergias nocivas, ya que el resto de las enfermedades tendrán su antibiótico o su específico al alcance de todas las fortunas. Hay que habilitar un hueco para que este nuevo aspecto de la Medicina, alejándose del árbol de la ciencia, entre en el campo de las musas. Es justo.